UNA RAYA EN EL AGUA

IGNACIO
CAMACHO

ESTADO DE ABATIMIENTO

Va a ser una campaña deprimida y cansina en una nación desmoralizada, sumida en un abatido pesimismo

HAY fatiga y se va a hacer largo. Con el resultado decidido y las encuestas unánimes esta campaña provoca pereza incluso a los propios candidatos, que tal vez desearían abreviar el trámite. Por el dramatismo de las circunstancias y por la evidencia del mandato agotado, las elecciones tendrían que haberse celebrado antes del verano. Zapatero las fijó en noviembre para dar a Rubalcaba tiempo de levantar una candidatura de nueva planta y porque necesitaba un plazo para convencer a ETA de que le va a ir mejor con corbata que con pasamontañas. Esto último lo ha logrado más o menos, pero la forja de un candidato ha resultado otro desastre. El antiguo número dos no despega como cabeza de cartel y los datos del paro, que según las calamitosas previsiones del Gobierno iban a mejorar, en vez de darle impulso le caen a plomo sobre la calva. El país ha perdido varios meses en un nefasto vacío de poder que ni siquiera ha servido para mejorar las expectativas electorales del PSOE. Como estratega, el presidente se ha revelado más incompetente aún que como gobernante.

La suerte está echada, la opinión pública ha cuajado un criterio y la campaña sólo va a dirimir algunos decimales. La EPA y el Inem han descargado dos mazazos terminales sobre Rubalcaba, que ya sólo puede aspirar a que Rajoy cometa algún improbable error de bulto y a rebañarle unos escaños en el debate televisado. Se le ve desganado, o más bien resignado a enfrentarse ya no con su rival teórico sino con la sombra del fracaso de su antecesor Almunia, cuyo balance va a medir como un listón los resultados de la izquierda. Los presentidos vencedores pretenden pasar de puntillas por la recta final, conscientes de que lo único que puede suceder es que tal vez pierdan unos metros de ventaja. Hace tiempo que dejaron de inquietarse por el triunfo y lo que les preocupa son sus consecuencias, el estado de devastación que van a encontrarse al otro lado de la meta. Después de ocho años soñando con recuperar el poder lo van a lograr cuando constituye más un castigo que una recompensa.

Quedan quince días de rutina, una especie de berrea ritual en la que la ausencia de incertidumbre ha desgastado cualquier atisbo de entusiasmo. Oiremos la retórica maniquea de costumbre y alguna enormidad fuera de tono pero existe una palpable falta de convicción en la eficacia de toda esa cansina liturgia de repeticiones. Va a ser una campaña deprimida en una nación desmoralizada, sumida en la profundidad de un abatimiento pesimista. Una campaña otoñal, monótona como la lluvia machadiana tras los cristales, inundada de melancolía por el tiempo en que la política generaba un cierto hálito de esperanza. Esta vez la conjetura más esperanzadora consiste en la remota posibilidad de que la quiebra social haya tocado fondo. Y ni siquiera se trata de una hipótesis objetivamente fiable.